

en el descubrimiento y en la conquista de estos vastos territorios, sino que fueron asimismo centros á cuyo alrededor se fundaron á menudo poblaciones permanentes, como sucedió especialmente con el seriba de Ghatta, núcleo del actual Dchur Ghatta. En un principio aplicábase en el Sudán el nombre de seriba á todo seto de espinas ó empalizada, del mismo modo que en Siria se denomina *sirb* ó *serebe* á la valla de cañas dentro de la cual se encierra el ganado; en el Sudán es en donde, como hemos visto, se empleó generalmente aquella palabra para designar las plazas en donde acampan y hacen sus cambios los comerciantes de marfil y sobre todo de esclavos.

Las mismas diferencias que en los colores y en las formas existen en las cualidades intelectuales y en las tendencias de los pueblos árabes y aun en los juicios que acerca de ellas se han emitido. Maltzán, procedente de Argel y del Cairo y testigo presencial de una de esas peregrinaciones á la Meca que anualmente vomitan sobre los santos lugares una verdadera inmundicia de pueblos, pudo con razón, en cuanto alcanzaba su esfera de observación y de concepto, emitir el siguiente severo juicio: «Apenas puede darse hombre más vicioso que un árabe verdadero.» Esto no obstante, un pueblo de quien con razón pudiera decirse lo que del árabe dice Maltzán, ¿hubiera podido nunca representar en la historia el papel importantísimo que en ella han representado los árabes? Este autor ha conocido mejor á los egipcios arabeizados y á los tan mezclados moros del Norte de Africa que á los árabes puros, de quienes dice Lepsius: «Los árabes que en todas partes encontramos, son un pueblo leal y de toda confianza, mucho menos temible que el de los serviles fellahs de Egipto.» Burckhardt pudo apreciar también la diferencia que entre unos y otros existía cuando procedente del Nilo llegó al mar Rojo, y encontró que los marineros que por éste navegaban eran mucho más tranquilos y francos y menos serviles que los que conducían las embarcaciones en aquel río.

El árabe es asiático y natural de países cálidos, circunstancias muy importantes para juzgar el carácter moral de este pueblo: sus santos demuestran hasta qué punto la ley moral puede darles el dominio sobre sí mismos, y en las ciudades árabes la reclusión de las mujeres ahuyenta la inmoralidad de las calles. Lo sensible, sin embargo, no es la inmoralidad sino la falta de conciencia moral: estas gentes no son más viciosas que otras cualesquiera, pero no se sienten oprimidas por el peso del pecado; la ley moral es considerada sólo con la inteligencia, no con el corazón. Parejas con esto corre la falta de limpieza, que puede estar exteriormente disimulada pero de la cual no se posee el verdadero delicado sentimiento. El valor de algunos no impide que la generalidad considere como una locura toda empresa cuyo éxito no pueda darse de antemano por seguro. La ley no sustituye los ideales morales y menos que ninguna la ley del Alcorán; las conciencias acusan sobrada flojedad, y la facilidad con que los musulmanes «civilizados» de Egipto, por ejemplo, perdonan al ladrón y no le niegan su amistad y su benevolencia, demuestra cuán profunda es allí la corrupción de todas las nociones morales. El afeminamiento y la desmoralización no son en manera alguna en Oriente compañeras inseparables. En estos países, especialmente en el poblado y extenuado Egipto, muchos que viven miserablemente por pobreza ó por avaricia, se entregan á vicios que entre nosotros se consideran propios de las cortes y de las grandes ciudades. Los sentidos se imponen despóticamente y no hallan correctivo en el trabajo regular del espíritu ó del cuerpo, pues nada más ajeno al carácter del árabe que imprimir en los trabajos que ejecuta el sello

del cuidado, de la previsión y del método: lo que caracteriza la labor de los árabes es la confusión. Mejor juicio puede emitirse acerca del aspecto exterior así de los árabes como de los nubios, cuyo porte deja ver una gran dosis de lo que se encuentra á faltar casi en todos los negros: la dignidad. Los nubios sobre todo aunan tan perfectamente la llamada calma oriental con la natural energía, que su presencia impresiona necesariamente á todo ánimo de artista. Hartmann ensalza la apostura y el continente noble de los biskarines. Se equivocarán, sin embargo, los que creyeran que este porte digno é independiente, que esta inquebrantable tranquilidad son simplemente hijos de un sentimiento de orgullo pundonoroso, pues todas estas relevantes cualidades desaparecen, como se funde la cera al calor del sol, ante la perspectiva del más pequeño lucro para dar lugar á las bajezas más repugnantes en cuanto entra en juego el interés. Este contraste se reproduce con tanta frecuencia, que el observador llega á adquirir el convencimiento de que es un rasgo característico de los árabes y de muchos otros orientales. Más sorprendente todavía es encontrar en esta mescolanza cualidades mucho más nobles que aquellas que constituyen rasgos puramente exteriores. Burckhardt, hablando de los jerifes á quienes conoció, dice que eran «libres, valientes, francos, amigos apasionados y enemigos encarnizados,» cualidades que hace extensivas á todos los árabes puros de él conocidos. La sobriedad y, por ende, la falta de vanidad hija del rango ó de la riqueza son cualidades que distinguen á los beduinos del desierto. Una de las cosas que caracterizan á los héroes guerreros árabes es el presentarse lo más sencillamente posible. El sentimiento de la independencia política ha latido siempre en el corazón de los árabes fomentado por el fanatismo religioso. Barth ha dicho que en el Norte de Africa, cuanto más hacia el Oeste tanto más guerreros y valientes son los habitantes, y que el máximo de este sentimiento de independencia se encuentra en Marruecos. En este punto no existe diferencia entre las tribus montañosas y las de las estepas. En las cordilleras de Garján y de Dchurdchura viven tribus muy amantes de la libertad; pero no menos desprecio á la muerte han demostrado los árabes nubios en sus luchas contra los ingleses, y las tribus pastoriles de la Cirenaica todavía no han podido ser completamente sojuzgados por los turcos.

El árabe, cuando sus aficiones guerreras llegan á desarrollarse, constituye una excepción de la afirmación tan á menudo sentada de que el asiático es un ser débil é impotente; pero la experiencia de la historia de muchos siglos demuestra que en tesis general es muy inferior al europeo en punto á fuerzas físicas. «En conjunto — dice Vambéry — sería tarea inútil buscar en las distintas razas del Oriente mahometano aquella fuerza física y aquella energía que son propias del hombre del Norte y del centro de Europa.» Y aun podemos aventurarnos á hacer extensiva esta afirmación al árabe del desierto á quien falta, á pesar de su espíritu de independencia y de su salvajismo propios del sitio en que vive, el acerado nervio de que el hombre no puede carecer: fáltale también con ello la tranquila estabilidad, de suerte que no es el *vir propositi tenax*, sino que por el contrario tiene toda la caprichosa variabilidad de la mujer. Entre los franceses, que conocen perfectamente estas gentes, ha llegado á ser proverbial el dicho de que los árabes son fáciles de conducir pero difíciles de gobernar. Su susceptibilidad, su apego á determinadas formas, y su exquisita sensibilidad para todo cuanto signifique una injusticia, hace muy difícil la manera de tratarles. Por lo mismo que su cortesía raya casi en servilismo quieren que en justa

correspondencia se les trate con toda suerte de atenciones y deferencias.

En el espíritu del árabe hay una fuerza filosófica que permite reconocer que no ha sido la casualidad la que le ha puesto al frente del gran movimiento histórico del islamismo. Vambéry, comparando á los árabes con los turcos, dice: «Como ser religioso el turco siente más, el árabe piensa: el sentimiento especulativo nunca se ha compaginado bien con una fe ciega.» Pero este sentimiento especulativo tiene cierto carácter notablemente estacionario y carece de potencia crítica de impulso energético hacia el objetivo de la verdad. La ciencia de los árabes nunca ha podido sustraerse á los lazos de la superstición y de la fábula y si se habla tanto de la astronomía y de las matemáticas de este pueblo, no puede negarse que si aquélla no hubiese estado enlazada con fines astrológicos las investigaciones en esa esfera científica no habrían sido de gran provecho para la posteridad. Los árabes antiguos y modernos han comprendido únicamente bajo el nombre de ciencia la teología y la teosofía, la gramática, la lógica y las bellas letras. Achaque peculiar á la erudición árabe, ó al juego del espíritu como ellos la llaman, ha sido siempre expresar las cosas por medio de circumlocuciones en vez de designarlas con un nombre propio, lo cual indica que por ellas se toma este pueblo un interés natural, interés que adquiere sorprendentes proporciones cuando de cosas antiguas se trata, contrastando esto con lo poco que los judíos y cristianos se interesan por «las ruinas que tanto abundan en Africa.» G. Carotte en su obra sobre el camino seguido por los árabes en el Sud de Argel y en Túnez presenta un brillante testimonio del «genio práctico» de estas gentes en punto á geografía y ensalza sus disposiciones para la observación geográfica: «Estos geógrafos peregrinos — dice — á quienes la religión ordena viajar, estos imanes racionales que cinco veces al día han de mirar al mismo punto de la rosa de los vientos, estos profundos observadores para quienes el recuerdo de lo visto es amparo y defensa.» Maltzán, por otra parte, hace notar que al estudiar la geografía árabe se observa que casi todos los nombres de montañas, comarcas y ríos son indeterminados, «que en la mayoría de los casos el árabe no relaciona el nombre con una significación concreta.» Esto nos lleva al rasgo fundamental del nomadismo, que, dando gran importancia á la familia y á la tribu, la concede muy escasa al terruño, y conserva religiosamente los nombres de la tribu imponiéndolos á todos los lugares que puede y cuyos nombres propios le son indiferentes.

En el arte de los sonidos (véase el grabado de la página 217), el Oriente sigue un camino muy distinto que el emprendido por Europa, faltando en su música la combinación armónica de varias voces. «La música más artística de los admirados cantores y tocadores que arrebató á los más ilustrados musulmanes y cautiva á las masas populares que con religiosa atención la escuchan, consiste simplemente en una melodía rebuscada y de mal gusto, que incesantemente zumba en los oídos y cuyo hilo fundamental difícilmente puede retener y reproducir el más atento oído europeo. Los mismos instrumentos, á pesar de la diversidad que de ellos existe, apenas sirven para producir otra riqueza armónica que el ritmo.» (Lepsius.) El árabe está dotado de abundantes dotes poéticas. Los cantos agresivos y guerreros, los himnos amorosos y las canciones religiosas eran, antes de Mahoma, un verdadero placer para los árabes, cuya literatura enriquecieron con valiosas joyas los contemporáneos, así amigos como adversarios del profeta. Los partidarios de Mahoma dudaban en un principio si debían calificar á todo hombre que poseyera cua-

lidades extraordinarias como poeta, hechicero ó adivino.

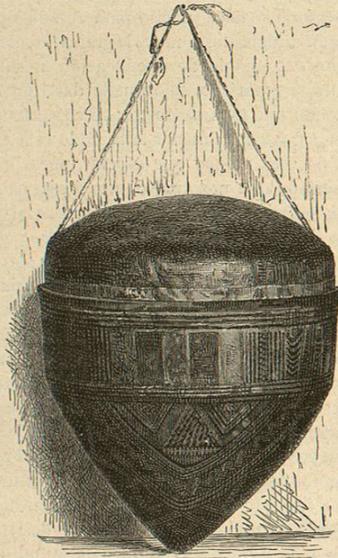
La base de la pedagogía de los árabes es la siguiente: lo más importante para el hombre es aprender el Alcorán, de cabo á rabo si es posible. En esta instrucción viene comprendido el aprender el sagrado libro de memoria, pues nadie puede pretender comprenderlo sin antes estudiarlo de esa manera. La escritura es considerada como otro de los objetivos de la instrucción elemental. La circunstancia de ser estos requisitos sencillos y prácticos á lo sumo ha sido en extremo favorable al desenvolvimiento del islamismo, pues hasta en los más apartados pueblos montañoses, por ejemplo los babaras de la cordillera de Solimán, están casi universalmente generalizados los rudimentos de lectura y escritura. Sólo después de haber aprendido el Alcorán pueden los hombres estudiar otras cosas, y una vez sabido aquél de memoria se hace preciso para entenderlo conocer á fondo, según antigua costumbre, la gramática, siendo ésta la coronación del edificio de la educación musulmana: la enseñanza de la gramática sólo puede darla un *thaleb*, es decir, un doctor que para demostrar su competencia recita de memoria, sin hacer la menor falta, todo el Alcorán.

En estos pueblos no hay que esperar, pues, una educación en el sentido que nosotros damos á esta palabra. Así como en las mejores comarcas de Arabia los viajeros ensalzan la gran ilustración de la juventud de las poblaciones wahabitas, en donde además de sus dogmas son perfectamente conocidas la lectura y la escritura, en Africa los árabes, á pesar del trato comercial y del Alcorán, no son menos ignorantes que los mismos negros. Barth no encontró en todo el Sudán casi ningún árabe que tuviera noticia de la soberanía de sus compatriotas en la costa oriental del continente; sólo un hombre erudito conocía un nombre de aquellas regiones, el de Sofala. Y lo propio sucedía en los mejores tiempos de este pueblo. Igual oscuridad reinaba en las capas profundas de la población. La ilustración de unos pocos estaba respecto de la gran masa en la misma relación que los magníficos edificios de los sultanes de Ispahán, de Samarkanda y de Agra respecto de la multitud de miserables chozas de limo que á su alrededor se levantaban.

En todos los países por donde se ha extendido el islamismo la situación de la mujer es, en teoría, humilde, puesto que además de estar excluida aquélla de todos los altos intereses de la vida pesan sobre ella una porción de trabajos innobles contrarios á todo estímulo y á toda ilustración. Por más que se citen las santas de los árabes á las cuales, sin embargo, en el Norte de Africa donde se las venera, se atribuye por algunos un origen berberisco, y por más que se recuerde la influencia que en Mahoma ejercieron las mujeres, nadie podrá negar que la esfera de la mujer en todos los ámbitos del islamismo está muy por debajo de la del hombre y parece á propósito no sólo para no elevar la de éste sino más bien para rebajarla. En los harems prevalece todavía la filosofía de la vida de las antiguas matronas y de las negras importadas, de Africa filosofía llena de necias ideas sobre la existencia, de supersticiones y de nociones estrechas, y las mujeres de algún turco ó persa ilustres por muy cubiertas que vayan con las más preciosas telas europeas y por más que sus maridos sean considerados como los más famosos reformadores y estén al frente de los asuntos de un Estado, apenas se diferencian por sus cualidades intelectuales de las mujeres de las estepas de lo más hondo del Asia. El harem es un sarcasmo, un insulto para cualquier paso que den los hombres en el terreno de las innovaciones. En las clases trabajadoras la tarea de la vida está más equitativamente repartida de lo que permiten creer ciertas descripciones que acerca de los árabes se han tra-

zado bajo el influjo de una mala inteligencia sobre la consideración de la condición baja de la mujer. Los que se imaginan á ésta como á una simple criada, como un mero instrumento parten de una observación puramente superficial. A la mujer incumben los quehaceres domésticos y algunos trabajos fáciles fuera de la casa; el hombre labra la tierra, guarda el grano, cuida el huerto donde los hay, apacienta los rebaños, degüella las reses y, en una palabra, ejecuta una porción de trabajos difíciles.

La compra de la novia es costumbre general y presenta un carácter repugnante cuando conduce á la permuta de muchachas y se convierte, por ende, en un comercio de cambio. Las bodas se celebran á ser posible en miércoles ó en domingo, pues los demás días son nefastos para esta



Bolsa para provisiones de los tuaregs. (Colección Etnográfica, Stockolmo).

ceremonia que entre los beduinos va precedida de una semana de danzas ejecutadas todas las tardes por los amigos de los novios y en las cuales un hombre colocado en el centro procura romper la rueda formada por los bailarines. Cuando el novio y la novia entran en el círculo representanse algunas pantomimas que recuerdan el rapto de la desposada. Es muy característica la costumbre de blandir el novio, antes de pasar á caballo por delante de la tienda de su novia, una vara contra una muñeca que como representación de su prometida se le pone al paso. Antes de que los recién casados se pertenezcan por completo el uno al otro han de transcurrir tres días durante los cuales se celebran sin cesar juegos y banquetes. La poligamia es una antigua costumbre árabe y aun semita; limitada en los primitivos tiempos por las circunstancias cuando la sencillez era la característica de la existencia, el bienestar de los enriquecidos conquistadores la convirtió en gusano roedor de los pueblos que abrazaron las doctrinas de Mahoma. Al aislamiento de la mujer contribuye la circunstancia de que su misión está dentro de las casas al paso que en todo el Oriente los negocios de los hombres son más públicos y han de ser atendidos más fuera del hogar doméstico. Delante de las casas grandes hay largos bancos de piedra ó de limo, en los cuales se sientan los amigos después de un lacónico saludo y allí tratan tranquilamente sus asuntos: á

los huéspedes ilustres se les ofrece el café ó la larga pipa y alrededor de los conferenciantes hay varios esclavos atentos á la menor seña que éstos les hagan. En esto pasan los orientales la mayor parte de su existencia.

Los esclavos son contados como de la familia y si se les trata con una benignidad á menudo rayana en debilidad, débese á que en ellos recae una parte de la consideración que á todo individuo de la familia se debe. Mahoma era personalmente contrario á la esclavitud, y dió la libertad al esclavo Zayd que le había regalado su esposa Chadidja y que fué uno de sus más decididos y fervientes partidarios y á muchos otros esclavos que más tarde llegaron á su poder. Los esclavos visten de la misma manera que sus señores, poseen algunas bienes y pueden en algunos casos comprar su libertad gracias á sus ahorros. A consecuencia de este trato más benigno de que son objeto no se encuentra en ellos el servilismo que en otro tiempo caracterizaba á los esclavos de los colonos europeos, y en aquellos puntos en donde, como en Argel, la esclavitud ha sido abolida por la ley muchos han preferido seguir siendo esclavos de hecho.

Gracias al desmedido orgullo nacional ó de tribu que caracteriza á los beduinos, ha surgido espontáneamente en el Sud de Arabia una separación de castas que tiene por base razones etnográficas, religiosas, políticas y económicas. En Hadramaut no se encuentra por de pronto otra distinción que la común á todos los territorios islámicos, á saber, la de los *jerifes*, á quienes se supone descendientes del profeta; pero luego vienen los *amudis*, descendientes de Isaben-Amud, sultanes y soberanos del Wadi do'an; después los *beduinos* que en su calidad de guerreros son superiores á los habitantes sedentarios ó *harrathes* (labradores) y finalmente los *sabihes*, matarifes, entre los cuales se comprende también á los alfareros. Todo esto, sin embargo, no es más que el mínimo de las divisiones allí existentes, cuyo número aumenta de un modo extraordinario con la noción de los *ajdames* que también encontramos en Abisinia, aunque en otro sentido, y que puede traducirse por «clases despreciables.» Ajdam (plural de *jadem*) significa criados, estando reservadas á ellos una porción de industrias despreciadas por los orgullosos beduinos; los *ajdames* se consideran mancillados por el ejercicio de sus profesiones más ó menos sucias, pero su impureza no llega á tanto que se transmita á los objetos salidos de sus manos: esto último acontece con los *schumres* de quienes se apartan los *ajdames* con el mismo escrúpulo con que procuran evitarles á ellos los beduinos. Los *ajdames* entran en las mezquitas pero no en las casas de los árabes, habitan siempre aparte, generalmente fuera de las ciudades y de las aldeas, no pagan contribución alguna y sólo sirven de oprobio al príncipe que los llama á la prestación de servicios públicos. En Adén mismo, en donde la noción de castas no tiene valor oficial, gústales á los *ajdames* separarse de los demás, habitan en un barrio especial y en su mayoría no son tan sedentarios como los demás pueblos, razón por la cual Niebuhr no anda descaminado cuando los compara con los gitanos. En algunas comarcas los barberos, aunque de análoga categoría que los *ajdames*, forman una casta especial separada de éstos. Mucho más baja es la condición que tienen en Yemen dos castas de verdaderos parias, los *chumres* y los *chafedis*, que desempeñan los oficios más repugnantes y á quienes se considera mancillados como desolladores, por más que al igual que otras castas análogas de la India vengán en ellas comprendidos músicos, cantores y juglares: á estas castas les está prohibido visitar las mezquitas. En el país de los *audelis*, al Este de Yefia, se les denomina por esta razón *merafais* y *dechanes*, nombres

que se refieren á los instrumentos que tocan, pues allí donde no hay chumres desempeñan los *achdames* el oficio de músicos. En las cercanías de Godr, capital de los *audelis*, hay una aldea llamada Masfegga, exclusivamente habitada por *merafais*. En las comarcas de los *aulagis* y de los *wahides* los individuos de aquella casta son denominados «Ahl Haik,» es decir, pueblo tejedor porque se dedican á esta industria, existiendo ciudades enteras por ellos pobladas, como por ejemplo Raudha, emplazada entre Hota y Hatbán. En Hadramaut, en cambio, son los carniceros los que prestan su nombre á la casta de los parias que allí se denominan *sabihes*, es decir, matarifes. El desprecio, sin embargo, no es en modo alguno para el oficio sino para la casta, de suerte que un *chimri*, sea cual fuere su profesión, nunca puede salir de su humilde estado, que le pertenece por razón de nacimiento, no de su industria.

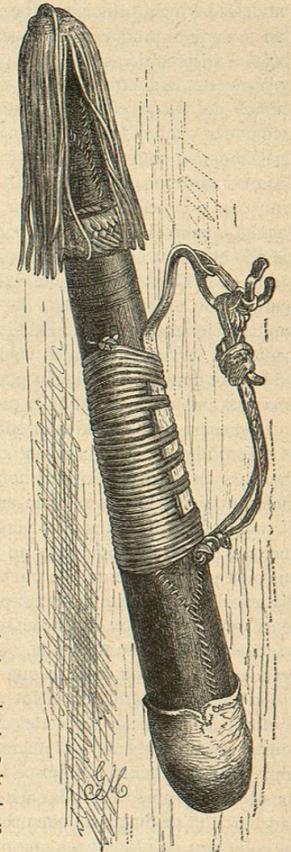
Una vez dado el paso de aplicar al pueblo las diferencias de clase, las ideas de los pueblos de estos territorios llegan á consecuencias en extremo singulares; así por ejemplo encontramos como nombre de los habitantes de las costas sudarábigas el de *quarauwis*, que significa simplemente «hombre que sabe leer.» El conocimiento de la lectura que en el Sud de Arabia sólo poseen los pacíficos habitantes de las ciudades y de las aldeas, es tenido por los beduinos en tan poco como el nombre de «escritorzuelo» por los jinetes y militares sin ilustración, y de aquí que la palabra *quarawi* sea un insulto para los beduinos del interior, para los verdaderos *hakilis*, al paso que constituye un motivo de orgullo para los habitantes de la costa, que se lo aplican con gusto porque entre ellos el «saber leer» es un mérito digno de estima. Y sin embargo, los príncipes de los *quarauwis* son generalmente *hakilis*, es decir, beduinos libres y á menudo ignorantes, quienes, á su vez, aparecen más como casta que como pueblo.

Las estirpes ó clanes eran las unidades políticas que sostuvieron á Mahoma y con las cuales, sin embargo, hubo éste de luchar en otro tiempo para darse á conocer y hacer prevalecer sus doctrinas: ellas representaban para él las únicas fuerzas políticas con que había de contar y de aquí que si pudo apartarlas á un lado para constituir una unidad religiosa árabe, fué imposible aniquilarlas por completo. El sentimiento de parentesco es demasiado intenso para que no procure manifestarse políticamente, cosa que se realiza naturalmente por cuanto la cohesión patriarcal alcanza á los más lejanos miembros de la familia. El profeta se aprovechó de los elementos descontentos que á él se pasaron para debilitar á las tribus enemigas, pero destruir la organización de éstas hubiérale parecido quimera vana; por esto pactó y el primer núcleo del nuevo poder universal fué una alianza de tribus. Es en extremo interesante ver cómo en la historia primitiva del islamismo la idea religiosa reemplaza á la idea de tribu, antes la única dominante, y viene, por ende, á suplir la falta de un sentimiento nacional árabe. Mahoma con su aparición amenazó los privilegios que su tribu, la de los *koreischitas*, tenía respecto de la protección y de la dominación de la Kaaba, y no pudiendo abandonarla pactó alianza con otras tribus que como profeta de Dios le reconocieron. Cuando Maltzán, fingiéndose maghrebíta, hizo su peregrinación á Medina, consideró prudente hacerse pasar como natural de Philippeville, ciudad en donde no habita ningún árabe, pues creyó que este era el único medio de evitar que cada *moghrebíta* que por el camino encontrara le fuese preguntando si era ó no primo suyo dentro del vigésimo grado.

El islamismo con las ideas democráticas que demostró en los tiempos de lucha, durante los cuales la república

hubo de luchar con los jefes de tribu de la Meca, no pudo vencer al elemento aristocrático dentro de esta organización de tribus; es más, si los *koreischitas* no hubiesen gozado de gran consideración en Arabia, Mahoma hubiera encontrado muchos más obstáculos en el camino que le condujo á la soberanía. En la actualidad subsisten aún más sólidas que nunca las dos columnas del poderío de las antiguas estirpes que arrancan del respeto hacia los principios fundamentales patriarcales y aristocráticos. Los hijos de los beduinos de Yambo, los orgullosos *limbauvis*, que pertenecen á la tribu de los *djehinas*, sólo se casan dentro de su misma tribu á fin de conservar su nobleza, y si por excepción alguno se enlaza con una joven oriunda de la Meca, con todo y ser reputado este origen como muy elevado en el mundo islámico, este enlace se considera desigual y los hijos que del mismo nacen no son tenidos por absolutamente iguales á los demás de la tribu. El sentimiento de tribu, fomentado por el orgullo de la nobleza y por la división de castas, alcanza descabelladas proporciones. Las *kábilas* se miran como enemigas unas á otras, y cada una de ellas se tiene por árabe de pura sangre y considera á las demás como perras, impuras y dignas de ser exterminadas. La venganza hace todavía más profunda esta sima, y en el Sud de Arabia una de las cosas que más han contribuido á los pro-

gresos de la dominación turca ha sido el hecho de que todos los descontentos y todos los criminales, especialmente los que trataban de sustraerse á una venganza, buscaran refugio en el primer puerto turco, formándose de esta suerte alrededor de los puestos avanzados turcos multitud de aldeas interesadas en favor de la soberanía de éstos en tales territorios, y acumulándose de este modo entre las tribus elementos hostiles. Las fronteras que separan á las tribus, incluso á las más nómadas, están perfectamente trazadas como asimismo lo están los derechos de propiedad cuyos signos, el *wesm*, semejantes á letras enigmáticas aparecen con mucha frecuencia cuidadosamente grabados en las puertas y murallas de antiguas ciudades abandonadas, en las columnas y en las gamellas de piedra para agua de los lugares arruinados, en las alisadas superficies de las rocas y en los pozos y cisternas, en donde indican que el derecho de apacentar y abrear los rebaños en tales lugares ó de consentir en ellos el cultivo de los campos, sólo corresponde á aquellas tribus ó ramas de las mismas que



Carcaj de los tuaregs. (Museo para Etnografía, Berlín).